

## PARTE TERCERA

### MARCHA HACIA EL FIN DEL HOMBRE COMPLETO

---

#### CONFERENCIA XIX

##### PRIMERA DECISIÓN QUE HAY QUE TOMAR

1. ¿De dónde viene el que sea tan rara la perfección y tan frecuente la degeneración en el hombre?

—Es un hecho atestiguado hace mucho tiempo, y repetido con frecuencia por los sabios, que entre las criaturas no hay ninguna que venga al mundo más desprovista de medios de defensa, y que más necesidad tenga de auxilio extraño, y que más tiempo necesite para llegar á su desarrollo, que el señor de la creación terrestre. Puede esto, es verdad, ser útil, al ponernos á la vista la grandeza del hombre, porque, en general, cuánto más elevada es la perfección á que se destina una cosa, mayor necesidad tiene de larga preparación y del auxilio de los seres que le rodean.

Pero no es menos desoladora esta observación. Mientras que en las demás especies de seres es excepción la degeneración, en el hombre, que posee tantos medios de auxilio y tantos cooperadores, es tan rara la perfección, que podría decirse que las deformidades forman la regla. De ahí, aquella humillante verdad que expresa así la antigua canción: «Hay en la tierra un pájaro tan raro como un cisne negro, y que apenas se encuentra entre mil; ese pájaro es el hombre perfecto».

Si fueran todos los hombres de la especie de aquellos de

quienes se ha dicho: «Se imaginan que la vida es un juego»,<sup>(1)</sup> no sería difícil la explicación del fenómeno. No hay que extrañarse de que jamás lleguen á la perfección, que ni siquiera presienten, personas que pasan su preciosa vida ante una mesa de juego, ó ante el espejo de su vida. Pero hay muchos que añaden con el antiguo filósofo: «No hemos sido hechos para el juego y las diversiones, sino para cosas serias, graves é importantes»;<sup>(2)</sup> y, sin embargo, jamás piensan en desarrollarse ni en el sentido de su perfección ni en el de hombres completos. ¿En qué son culpables? ¿por qué tiene tan poco felices resultados la educación de las mejores madres? ¿por qué tienen tan deplorable fin los principios de vidas tan ricas en talentos y que hicieron concebir las más felices esperanzas?

**2. El hombre es un ser doble que tiene que ser retocado para llegar á la unidad.**—El hombre se compone de dos partes que, por naturaleza, son diferentes entre sí, y tienen por lo tanto muy diferentes tendencias. La una procede de la tierra, y es terrena; la otra procede del cielo, y es celestial; la una se deja arrastrar por los placeres de los sentidos; la otra aspira á los bienes del mundo sobrenatural, porque «todo ser ama á su semejante». <sup>(3)</sup> Así lo quiere la naturaleza de las cosas.

Podemos comenzar aquí por hacer abstracción completa de toda corrupción de que pueda ser víctima el hombre. Pocas palabras se necesitarán para demostrar que no puede ser natural esa contradicción que llevamos actualmente en nosotros mismos, y que existe entre nuestra naturaleza superior y nuestra naturaleza inferior; que no es nuestra naturaleza la que nos hace tan difícil el bien, y nos facilita tanto el mal. Pero no hablamos ahora del hombre caído; nuestro empeño es únicamente conocer las obligaciones y las capacidades que tiene el hombre en virtud de su naturaleza, hecha abstracción del pecado y de la ele-

(1) Sabiduría, XV, 12.

(2) Cicerón, *Off.*, 1, 29.

(3) Ecclesiástico, XIII, 19.

vación del estado sobrenatural. Mas, considerado así, hallamos en Él doble serie de tendencias, porque, siendo un ser compuesto de dos principios tan diferentes, debe llevar en sí doble tendencia. Si esa doble tendencia ha tomado el carácter de lucha y de lucha difícil, como sucede hoy, no está la falta en la naturaleza, sino en el pecado. Pero aunque no existiera el pecado, habría en el hombre cierta divergencia, siquiera no fuera una contradicción ú hostilidad como las que existen en la actualidad. Y aun cuando fuera lo mismo que fué al salir de las manos del Creador, no podría llegar á su destino sin trabajo muy serio, sin decisión.

En nuestro ser, la parte intelectual es la más poderosa sin disputa; podría esperarse que consiguiese ella la victoria sobre la parte más débil y que la hiciese servir á sus exigencias. Sin embargo, mientras que esta parte perdida en un mundo extraño, no toma su fuerza sino de alturas muy lejanas, completamente ocultas á nuestros sentidos, nuestra otra mitad sensible se halla como en su casa, y toma su fuerza de los numerosísimos aliados que la rodean, y que halla entre su vecindario más próximo. Recuerda esto la tan intencionada fábula antigua del combate entre el hijo de los dioses y el gigante hijo de la Tierra. Cada vez que hacía caer Hércules á Anteo, hallaba éste nueva fuerza por el contacto con su madre la Tierra; si no lo hubiera suspendido en el aire para ahogarlo, jamás hubiera podido vencerle.

Pero no puede combatir así contra la sensualidad nuestra naturaleza espiritual. No tiene á ello derecho. No debe tratar al cuerpo con todas sus necesidades como á enemigo mortal é irreconciliable. No puede aniquilarle; sería trabajo de poco tiempo y en demasía contra la naturaleza. El Cristianismo ha rechazado siempre esas ideas del ascetismo, aunque, como más tarde veremos, nos manda ejercer sobre la sensibilidad caída y rebelada un dominio más severo que el prescrito por la pura moral natural que prescinde de la caída. El papel del espíritu es sólo obligar

á la sensibilidad á someterse á él, porque ella está privada de razón y es la parte más débil para trabajar de consuno en el cumplimiento del gran fin de nuestro ser, la perfección moral. Para llegar á ese fin, todo el hombre, la razón y la sensibilidad, la voluntad y las pasiones, deben emplear su actividad en perfecta unidad. No hay, pues, que olvidar que se trata, no de aniquilar la naturaleza sensible, sino sólo de someterla á la obediencia del espíritu.

**3. El primer deber es someter la sensibilidad al dominio de la razón y del ascetismo.**—En consecuencia, el primer deber que ha de cumplir el que quiere llegar al estado de hombre completo es someter la sensibilidad á las exigencias de la razón. Existiría este deber, como ya lo hemos dicho, aunque la naturaleza humana no hubiera sido corrompida por el pecado. Aquella malhadada perversión tuvo como consecuencia el que se halle con frecuencia la razón frente á la sensibilidad como frente á un enemigo, y, por consiguiente, forzada á tratarla como á enemigo, y á recurrir á la fuerza para someterla. Pero, aun sin el pecado, hubiera tenido obligación el espíritu de tratarla como á sirvienta, transformándola poco á poco en cooperadora, aunque de orden inferior, para alcanzar el verdadero destino del hombre. Por ahí debe comenzar toda la actividad moral del hombre. No decimos por esto que no debe pensar en otra obligación antes de haber cumplido ésta perfectamente. No son pocos los que han caído en semejante error. Dirigen todos sus esfuerzos á la sensibilidad, creyendo que se aplicarán en vano á otro trabajo, mientras no haya perdido ésta todo sentimiento de placer y toda posibilidad de complacerse en ulteriores emociones. Si, hoy, en pleno Cristianismo, hay personas que ofrecen todavía incienso á la perversa idea del neo-platonismo. ¡Como si la única ocupación del hombre consistiera en libertar al espíritu de los peligros de la naturaleza sensible!

Pero no es éste sino el primero y menos importante de

los deberes del hombre. Éste no debe cumplirlo, sino para pasar á otros más elevados y más importantes, no queriendo decir tampoco que no debe pensar sino en los últimos, cuando ha llenado cumplidamente el primero. Jamás llegará á satisfacer sus verdaderos y propios deberes, ó tardará en llegar mucho tiempo, porque no tan fácilmente se somete la sensibilidad al espíritu de una manera permanente. Y suponiendo que tuviera éxito, no sería tal la adaptación, que fuesen superfluas la vigilancia y la circunspección. La sensibilidad trata de despertarse pronto y de conquistar los dominios perdidos. Con repentinas explosiones, ha probado más de una vez al que la creía muerta y pensaba estar ya al abrigo de todo peligro, que no estaba sino adormecida, y que basta un momento de descuido para que recobre las antiguas energías.

**4. Precisamente se estrellan en este escollo la mayor parte de los hombres.**—Es muy natural que no piense en el cumplimiento de un deber moral más vasto y más elevado, quien no trabaja seriamente para someter al espíritu la naturaleza sensible. Sin ascetismo no hay doctrina moral que pueda ser utilizada; no hay sana moralidad. Es trabajo perdido y pura quimera querer fascinar-se á sí mismo y engañar al mundo, alegando que se puede aspirar á todas las virtudes, dejando en libertad á la sensibilidad, y no poniéndole traba alguna. Ahí está el por qué de tantas infidelidades á los deberes de hombres y, naturalmente, á los deberes de cristianos.

Hablando sin rodeos y sin segundas intenciones, para la mayor parte no hay más que un motivo legítimo que explique su aversión á las exigencias de la moral natural y á las de la moral sobrenatural. Es un hecho real que, si no se comienza por combatir las inclinaciones sensuales, no se puede llegar á observar los demás mandamientos que las dos morales prescriben. «El que quiera llegar á la cima de la escala, dice el proverbio, debe comenzar por los primeros escalones». Si desechasen esta condición la moral y la religión, no tendrían más

enemigos. Si, sin temor alguno, pudieran largar las riendas á sus apetitos sensuales, ya no encontrarían imposibilidad ni en los preceptos de la fe, ni en la oración. Pero la gran piedra de escándalo de una verdadera doctrina moral, como es la del Cristianismo, ni es la espiritualidad, ni el lado sobrenatural de sus dogmas; es que comienza su predicación como en otro tiempo San Pablo dirigiéndose á Félix, <sup>(1)</sup> y quiere inculcar, sobre todo, la castidad, la templanza y el dominio de sí mismo.

Por eso hay también tantas personas á las cuales falta la decisión, y jamás llegarán al primer peldaño que conduce al hombre completo.

En las numerosas dificultades que se encuentran en el camino que conduce á ese fin, la primera, y por desgracia también la última, es la necesidad de hacer á la naturaleza sensible sierva del espíritu. De ahí la indecisión y la irresolución que les impiden dar el primer paso serio; no dejan de agradarles las elevadas cimas de la vida moral, la hermosa y noble proporción que se vislumbra en el bien, la vida interior y la perfecta posesión de sí mismo, pero «nadie aborrece su propia carne y su naturaleza sensible». <sup>(2)</sup> Y el amor que por ellas sienten, lleva á muchos á cuidar desordenadamente sus más impetuosas inclinaciones. Pierden de ese modo la fuerza para resistirles con seriedad, y para rehusarles lo que pretenden, imponiéndoles algún sacrificio, cuando sea necesario. Tampoco pueden resolverse á trabajar con seriedad en su mejoramiento, permaneciendo siempre indecisos ante un fin tan extraño.

**5. Magnitud y peligros de la empresa.**—Y el paso más difícil que tiene que dar el hombre en el camino de sus destinos, es ese primer deber, que consiste en someter la sensibilidad á nuestra naturaleza racional. Sin embargo, está muy lejos de ser tan difícil como se lo presentan los que jamás han intentado un esfuerzo de perse-

(1) Hechos Apost., XXIV, 25.

(2) Efesios, V, 29.

verancia para desatar los dulces lazos de los placeres de los sentidos y de las seducciones del mundo. Mas tampoco sería justo engañar al hombre á este respecto. Su primer paso exige esfuerzos, y es imposible hacerlos sin seriedad y sin firmeza. Sí, bueno será que lo sepa, para que después no se lamente, diciendo que se le ha arrastrado con falsas promesas por un camino que jamás hubiera emprendido, si hubiera conocido las dificultades. Lo decimos con franqueza: la perfección moral es cosa grande y seria; comienza por trabajos largos y llenos de peligros. Largos, porque la parte sensible de nuestro ser ni puede sucumbir en la primera batalla, ni se asusta con los malos tratamientos. Es necesario conducirla poco á poco con dulce severidad, hasta que dócilmente se someta por sí misma á más elevado fin. Largos en particular, porque, como ya lo hemos dicho, jamás, mientras viva el hombre, desaparecerá la sensibilidad. Peligrosos, porque esta parte de nuestro ser, que es la más débil, tiene necesidad de muchos comedimientos para no destruirse por completo y hacerse incapaz de prestar su concurso en la cooperación con que debe intervenir para caminar á nuestro destino. Peligrosos, en particular, porque para fortificarla, estamos obligados á darle nuevas energías por medio del alimento, del sueño, del recreo, de los placeres sensibles, y de tantas otras cosas más, de donde saca fácilmente nuevas fuerzas para rebelarse contra el dominio del espíritu.

Cierto es que las almas bajas no sienten las rudas y penosas fatigas que todo esto proporciona al hombre; cierto es que tales almas pueden considerar como sus más elevadas aspiraciones lo que otras mirarán como su rebajamiento más profundo, ó de lo cual se quejarán como de persistente peligro para la mejor parte de su ser. Pero los que no resisten á las inclinaciones de su alma á todo lo noble, con frecuencia suspiran con amargura ante las cadenas que por ese lado oprimen. «Sé, exclama uno de los más sublimes espíritus de la humanidad, y que no es otro que

el gran Agustín, sé que debo tomar los alimentos sólo como remedios; pero lo que es suficiente para la necesidad, no basta para el placer. A veces, es difícil conocer si concedemos un auxilio á las exigencias de la necesidad, ó un exceso á las páfidas sollicitaciones de la avaricia. Sonríese nuestra pobre alma ante esta incertidumbre, encantada de encontrar una excusa para cubrir con el pretexto de la salud una complacencia culpable. Es verdad que hay ahí algo que inquieta muy poco á otros cuyo corazón está menos perplejo ante el bien; para mí, que con frecuencia soy un enigma á mis propios ojos, es verdadera enfermedad. Mis oídos se dejan sorprender muy pronto, mis ojos no tardan en quedar cautivos; se apodera de mí fácilmente un insaciable deseo de conocer algo nuevo, y trato de excusar todos estos desvaríos, dándoles el nombre de concupiscencias. Sin embargo, ¡cuántas bagatelas y cuántas frivolidades despreciables seducen cada día mi curiosidad! ¿Quién podrá contar mis caídas? Llena está toda mi vida de tropiezos. Mi corazón se llena de objetos vanos y de ideas frívolas. Á menudo mis oraciones son interrumpidas y turbadas; y cuando quiere elevarse la voz de mi corazón, viene á impedir un acto tan importante una serie de pensamientos miserables que no sé de dónde salen». <sup>(1)</sup>

**6. La voluntad tiene el deber y la capacidad de restablecer la unidad en el hombre.**—Sí, todos gemimos bajo el peso de esas pruebas que creo que nos son á todos conocidas. Y digo lo creo, porque son desconocidas solamente de los que prefieren arrastrar las cadenas del esclavo á tentar un esfuerzo para recobrar la libertad. Y precisamente las almas más nobles se quejan más amargamente de esas miserias. No deben, sin embargo, conmovernos desmesuradamente. Gracias á los cuidados que de nosotros ha tenido el Creador, que no ha querido enviarnos sin defensa al combate de que depende nuestro todo, hemos sido provistos de una fuerza capaz de poner fin á esa lucha de que somos nosotros el teatro. Entre la razón y

(1) S. Agustín, *Confesiones*, l. 10, c. 30, 39.

la concupiscencia, ha colocado Dios la voluntad, <sup>(1)</sup> esa potencia que distingue al hombre de las otras criaturas terrestres, y por la cual es el único entre todos los demás seres que puede llegar á ser dueño de sí mismo. Y ha dado á esa facultad cualidades excelentísimas que le permiten llegar á ese fin.

Le ha dado primeramente gran independencia de la naturaleza sensible, y lo que vale más todavía, verdadero dominio sobre esta naturaleza. Ésta puede, sin duda, llevar delante de la voluntad la antorcha que le permita hallar su verdadero camino; pero, en independencia y en virtud propia, es superior la voluntad á todas las facultades del alma. Depende la razón de facultades inferiores de nuestro ser, de la imaginación y de la percepción de los sentidos, y en tal grado, que puede ser más ó menos turbada como consecuencia de algún accidente producido en estas últimas. Y aunque es verdad que no está la voluntad completamente exenta de la influencia de las pasiones, nunca y en ninguna circunstancia se siente obligada á ceder; puede siempre seguirlas ó rechazarlas; <sup>(2)</sup> puede también refrenar todo movimiento desordenado de la sensibilidad. <sup>(3)</sup>

Añádese, en segundo lugar, como ya lo hemos dicho más arriba, <sup>(4)</sup> que, en virtud de su inclinación natural, se dirige siempre al bien esta facultad. Ha sido creada la voluntad para el bien mejor que el ojo para la luz, porque puede enfermar el ojo hasta no poder soportar la luz y verse obligado á buscar las tinieblas; pero la voluntad no puede desviarse completamente del bien. Aun cuando quiera el mal, debe representárselo bajo cualquier apariencia de bien. <sup>(5)</sup> De lo contrario, no podría dirigirse hacia él; de tal manera es conforme el bien á su naturaleza. <sup>(6)</sup>

(1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 155, a. 3, ad 2.

(2) *Íd.*, 1, q. 115, a. 4.

(3) *Íd.*, 1, 2, q. 74, a. 3, ad 2.

(4) Véase más arriba, Conf. VI, 10 y sig.

(5) Sto. Tomás, 1, q. 19, a. q.; 1, 2, q. 78; a. 1, ad 2.

(6) *Íd.*, 1, 2, q. 8, a. 1.